

Memorialistas & Viajeros

Juan Pérez Jolote: “Biografía de un tzotzil”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Cuenta en su relato autobiográfico este indígena mexicano, de la etnia tzotzil, acerca del día en que es nombrado *primer mayor*, un cargo directivo secundario menor concedido por la autoridad regional. Ese día recibe el siguiente mandato: “¡Obedece al ladino, que es el que manda! Porque es el hijo de Dios, el hijo del cielo, el de cara blanca, el de camisa y pantalón... Si no sirves contento a nuestro pueblo, te enfermarás”.

El lugar es Chamula, un poblado en el estado de Chiapas donde esa etnia tiene su centro. El mencionado “ladino” es el terrateniente, que además de blanco, habla idioma “castilla”. No viste el *chamarro* de los indios, una pieza de lana de origen prehispánico con una abertura para la cabeza y que cubre la parte anterior y posterior del cuerpo, hasta las rodillas, como una falda.

El indígena, que se llama Juan Pérez Jolote, hace la señal de la cruz en acto de sumisión y pronuncia: “Dios *totic*, Dios *nichonil*, Dios espíritu santo”. Se encomienda pues a sus dioses locales transmutados en la trinidad cristiana. Cabe señalar que esa asignación de cargos honoríficos en la estructura de gobierno regional no es sino un sistema de servidumbre al interior de la comunidad, que consagra ventajas a los dirigentes, quienes cobran tributos a los demás para favorecerlos en sus litigios, sobre todo cuando son casos graves que pueden llevarlos a la cárcel.

Este notable libro clásico de la antropología mexicana se construyó a base de monólogos registrados por el investigador Ricardo Pozas, quien logró reconstruir los ires y venires de un personaje que protagoniza, a su humilde escala, los procesos que ocurrieron en torno a la revolución mexicana. La cual apenas aparece, es bueno aclarar, sino sólo en la medida que afecta los esfuerzos de Juan Pérez Jolote para ganarse la vida.

Varios son los elementos que llaman la atención porque desarman lugares comunes respecto a la condición indígena, amparados por ciertos mitos como el del “buen salvaje”, definido por el filósofo de las luces Jean-Jacques Rousseau. Para empezar, Juan Pérez Jolote (el último apellido es un agregado totémico para los indígenas, que significa en este caso pavo silvestre) fue un niño golpeado por su padre. Se ve así obligado a huir para conservar su vida. “Sólo me pegaba cuando estaba en su juicio; cuando andaba borracho no me pegaba”.

Las borracheras son el segundo aspecto que impregna las peripecias de Juan Pérez Jolote (que termina sus días alcoholizado). Borracheras rituales para venerar a las ánimas en cultos que contemplan alimentar, dar de beber y dialogar con los muertos. Borracheras políticas, que se emprenden para todos los intercambios, acuerdos, ajustes de cuentas y ceremonias propias de la organización indígena. Borracheras sociales en grandes acontecimientos como los matrimonios, sujetos de complejas tratativas. Borracheras en

los entierros, cuando hay que preparar al muerto para el viaje al otro mundo, el *Olontic*, que según los chamulas se efectúa atravesando un lago montado en un perro. Borracheras cuando alguien enferma y se debe llamar al curandero, el *ilol*, para que los cure, en especial cuando se sufre *komel* (espanto). Borracheras viriles, propias de la vida militar.

Jolote decide en un momento enrolarse para huir de la amenaza paterna, y para ello entra a formar parte de las huestes carrancistas que se oponen a los revolucionarios de Pancho Villa y Zapata. En una ocasión deserta y se pasa al bando contrario. Sufren una derrota y es hecho prisionero por los villistas. Le ofrecen integrarse al enemigo. Juan Pérez Jolote no acepta y lo mandan a su pueblo de vuelta, con dinero en el bolsillo. Estos comportamientos son realmente insólitos. Vale la pena mencionar que algo parecido relatan tanto Céline en *Viaje al fin de la noche*, como Conrad en *Gaspar Ruiz*, coincidencias significativas en materia de comportamientos patrióticos. Nada que ver con el “cine de guerra” que nos venden los gringos.

En materia religiosa, la mescolanza entre cristianismo y “paganismo” que revela Juan Pérez Jolote es colosal, aunque no carece de lógica asimilar a los santos católicos con las necesidades prácticas de esas sociedades campesinas, tan cercanas a las fuerzas naturales. He aquí un párrafo precioso, que corresponde a una sesión de adoctrinamiento que Jolote recibe antes de incorporarse como sacristán de una iglesia: “Éste que está encajonado es el señor San Manuel; se llama también señor San Salvador y señor San Mateo, es el que cuida a la gente, a las criaturas. A él se le pide que cuide a uno en la casa, en los caminos, en la tierra. Éste otro, que está en la cruz, es también el señor San Manuel; está enseñando, está mostrando cómo se muere en la cruz, para enseñarnos a respetar. Lo mataron porque los judíos, los diablos *-pukujes-*, comían mucha gente; y él dio su vida para libramos... y se clavó en la cruz”.

Aunque el texto sólo recoge momentos de vida, y no permite una visión digamos integral de la sociedad de los toztzil, esta biografía de Juan Pérez Jolote es reveladora de aspectos importantes de su potente personalidad: una existencia aventurera bien asumida, un apego irrestricto a la veracidad, un respeto orgulloso por las costumbres de su etnia y de su familia, una fe religiosa firme, una gran capacidad para el trabajo físico, una alegría de vivir a pesar de las vicisitudes, una inagotable originalidad para arreglárselas en situaciones extremas (la guerra o la cárcel), un constante temor a lo sobrenatural, un fuerte concepto de su propiedad privada, un respeto por las jerarquías... Un pequeño gran hombre que dejó aquí plasmada su enorme vida. Un libro que respira verdad.

